

JOHANN JAKOB BACHOFEN



el **MATRIARCADO**

V · LEMNOS

OTRAS LITERATURAS

EL MATRIARCADO

Johann Jakob Bachofen

Libro IV · §§ 44-47

V · LEMNOS

Traducción del alemán de la editorial

Otras Literaturas

§ 44

La isla sin hombres: el crimen de las lemnias

El examen precedente abarcó tres países. Partiendo de Licia llegamos a Creta, de allí al Ática y a la vecina Mégara. A eso se anuda ahora la isla de Lemnos. El hecho de las mujeres lemnias ya fue mencionado más arriba y puesto junto al homicidio del esposo de Clitemnestra. En las *Coéforas* de Esquilo, v. 621, canta el coro:

> Por encima de todas las infamias descuella la de Lemnos; > como del todo maldita, en toda leyenda se la llora; > y, sin embargo, este horror > con razón se lo nombra igual al de Lemnos.

Apolodoro 1, 9, 17 cuenta el suceso de la manera siguiente: «Bajo la conducción de Jasón navegaron los argonautas primero hacia Lemnos. Por entonces la isla estaba del todo sin hombres y la gobernaba Hipsípila, hija de Toante. El motivo de ese estado era el siguiente: las lemnias descuidaron el servicio de Afrodita. La diosa las castigó con la disosmia. Por repugnancia se unieron los varones con muchachas prisioneras de guerra tracias, de las vecinas. Las lemnias, irritadas por ese desaire, dieron muerte a sus padres y a sus maridos. Sólo Hipsípila esconde a su engendrador Toante y lo perdona. Así, pues, Lemnos era entonces gobernada por las mujeres. Con ellas se mezclaron los argonautas que habían llegado. Hipsípila comparte el lecho de Jasón y le pare a Euneo y a Nebrófono.» Sobre el mismo suceso informan con más o menos detalle Apolonio, *Arg.* 1, 609-910; los escolios a los v. 609 y 615 (Keil p. 337); Valerio Flaco, *Arg.* 2, 113 ss.; Higino, *f.* 15; Ovidio, *Ib.* 398; el esolio a *Il.* 6, 467; Apostolio 11, 98, en *Fr. h. gr.* 3, 303, 13; el esolio a Eurípides, *Héc.* 870; el esolio a Estacio, *Teb.* 5, 29 ss.; Filóstrato, *Her.* 19, p. 740; los escolios a Píndaro, *Pít.* 4, 85 y 88

(Boeckh p. 349 y 449); Eustacio a Dionisio el Periegeta 347 ([†], p. 155, Bernhardt); Nicolás Damasceno en *Fr. h. gr.* 3, 368, 18; Focio, *Lex.*, [†] «lobo lemnio»; Suidas, s. v.; Zenobio 4; Diogeniano 6, 2; Servio, *En.* 3, 399; Heródoto 6, 138; Antígono, *Hist. mirab.* c. 130, en *Fr. h. gr.* 4, 458; Estacio, *Aquil.* 1, 206; Dión Crisóstomo, primer discurso tarso (33). — El testimonio de Apolodoro cobra particular importancia por usar la expresión [†] para la isla de Lemnos. **La ginecocracia aparece acá en su más alta exageración, como amazonismo homicida de varones.** Pero el relato transmitido no sólo nos da certeza sobre la existencia de una vida amazónica en Lemnos, sino que también informa sobre los sucesos que llevaron a la transformación de la ginecocracia conyugal en amazonismo enemigo del matrimonio. Sí: justamente en eso está la ganancia particular que sacamos de la historia del homicidio lemnio de los varones. El mito habla de una enemistad de Afrodita contra las mujeres lemnias. Éstas habrían descuidado el culto de la diosa. Es un rasgo cuya significación nadie puede dejar pasar. Las mujeres lemnias encuentran más gusto en la vida amazónica y en la destreza guerrera que en el cumplimiento del destino femenino. El mandato de Afrodita, que asigna a la mujer el matrimonio y la procreación como meta suprema de su vida, no halla cumplimiento. La destreza guerrera vale más que la maternidad. En lugar de una condición de matrona inclinada al varón y a él fielmente entregada, entra la vida amazónica, que se enajena cada vez más del destino femenino y con todo derecho puede ser designada como violación del culto de Afrodita. A esa configuración de la vida femenina sigue necesariamente la enajenación y la aversión de los varones. **Afrodita venga el descuido de su culto en las mujeres quitándoles el encanto femenino.** La disosmia que les envía ([†]) designa justamente la belleza de la feminidad verdadera, que

perece en el amazonismo y en su ejercicio viril, y la pérdida de todos aquellos encantos con los que Pandora ata al varón. El mismo pensamiento está en aquel dato según el cual Aquiles sólo reconoce la plena belleza de Penthesilea, y Perseo la de la Gorgona, cuando ella, herida, exhala la vida en brazos de su vencedor. **En la grandeza guerrera perece todo el encanto de la mujer.** Pero la muerte pone fin a esa degeneración, y sólo entonces excita la reina del adversario una pasión que ya no puede hallar cumplimiento. En sus *Lesbica* remontaba Mirsilo, según el escoliasta a Apolonio 1, 605, la disosmia a un hecho de Medea. La colquía, al pasar navegando frente a la isla enemiga de los varones, habría derramado sobre ella un veneno que llevaba en sí el germen de la enfermedad; desde entonces se observa en Lemnos un día en el cual las mujeres mantienen lejos de sí a sus maridos y a sus hijos en memoria de aquella antigua enfermedad de las mujeres. Por la unión con Medea la disosmia no cambia su significación. Medea, siguiendo a Jasón, cumple el mandato de Afrodita; reconoce por tanto en la vida amazónica y enemiga de los varones de las mujeres lemnias la supresión de aquella ley a la que ella misma rinde homenaje. — Por la disosmia, apartados de sus mujeres, los lemnios se allegan a tracias. Son muchachas prisioneras que traen consigo a casa como botín de sus correrías por el continente vecino. Acá se nos presenta la ginecocracia lemnia en el ámbito de aquellas costumbres y estados que antes reconocimos como el fondo originario de la vida gineocrática. La guerra y las correrías de pillaje llevan a los varones a grandes distancias y los sustraen por largo tiempo a la casa y a la familia. Para tal vida, el dominio de la mujer es una necesidad. La madre cuida de los hijos, atiende el campo, gobierna la casa y la multitud de los servidores y defiende también, cuando la necesidad lo exige, con mano armada el suelo

patrio y el hogar, como las licias salen armadas a la cosecha. **La posesión y el ejercicio del dominio, unidos a la destreza en el manejo de las armas, acrecen en la mujer la conciencia de su dignidad y de su poder.** Alta se alza por encima del varón, y en la belleza corporal, por la que se distingue en especial la lemnia (escolio a Apolonio 1, 867), se refleja el esplendor de su posición. A la inversa, en el nombre del pueblo de los sintios va adherida la expresión del desprecio que alcanzaba la vida de bandidos de los varones. En esa relación se anuda la denominación del más antiguo nombre popular lemnio a Ozoli y Psoloeis. La reprobación que habla desde esas designaciones destaca con particular énfasis el contraste que separa, entre aquellos pueblos gineocráticos, a la mujer que manda del varón que sirve. Como sucios herreros cubiertos de hollín aparecen los minias psoloos. Por el olor de las pieles de cabra se habrían llamado Ozoli los pastores locrios. Para los sintios se ha propuesto una doble explicación: mientras algunos toman su nombre como designación de la vida salvaje de bandidos, Helánico, en el escolio a Apolonio 1, 608, ve en él una relación con el oficio de la forja y con la fabricación de las armas de guerra, que salió primero de los sintios de la Lemnos hefesteia (la vaca de bronce en Lemnos: Plutarco, *De facie in orbe lunae* 22). Según una y otra explicación, los varones aparecen en una posición que tenía que llevar cada vez más a la conciencia de la mujer el sentimiento de su poder superior y de su superioridad en perfección espiritual y corporal. **Si retenemos esta relación, se vuelve comprensible cómo la ginecocracia conyugal tenía que desarrollarse cada vez más decididamente hacia la vida amazónica, y cómo al fin la violencia conjunta de aquellas pasiones poderosas —el sentimiento de venganza contra rivales más dichosas y la ambición de mando— pudo incitar a las mujeres lemnias a su**

hecho sangriento. Quien remite el homicidio de los varones al terreno de la poesía desconoce el carácter de la mujer insaciable en su sed de sangre (Eurípides, *Ion* 628; *Med.* 1234), no mide rectamente el influjo que la posesión y el ejercicio del dominio ejercen sobre la exacerbación de su pasión natural, y sustrae a la historia del género humano el recuerdo de una prueba que a tiempos más cultos, pero también más débiles y a estirpes más domadas podrá parecer [†], y que sin embargo entra sin duda entre el número de las vivencias reales.

Sangre y muerte se anudan al derecho de las mujeres de la edad antigua. **Lemnos nos muestra cómo la descomposición interna de los Estados y de los pueblos arraiga muy a menudo en él.** Apolonio y su escoliasta lo destacan expresamente: no sólo los varones, sino también las tracias con sus vástagos fueron consagrados a la perdición. Con el odio contra las rivales favorecidas se unía la preocupación por el dominio propio, cuya seguridad parecía exigir el aniquilamiento de las muchachas tracias. Así mata Hipodamía a Crisipo y Nuceria a Firmo, por miedo de que alguna vez pudieran apoderarse del mando (Plutarco, *Parall.* 33). Costumbres sangrientas semejantes se anudan al culto de Yodama (*Etym. M.* [†]). Todavía Solón tuvo que combatir la predilección de las mujeres por las costumbres crueles de sepultura. Se añaden rasgos universalmente conocidos de la vida amazónica, que sacrifica el sentimiento materno natural a la preocupación por el dominio. **La destrucción de los nacimientos masculinos no es ficción, y es imprescindible al amazonismo.** Es un fenómeno del todo habitual que bajo las manos de los narradores posteriores se produzca un rebajamiento del viejo relato. Así Apolonio, hacia el v. 802, para tener en cuenta el temple de su tiempo, ha atenuado el homicidio de los varones hasta

convertirlo en una emigración forzada, ha hecho aparecer a las mujeres dentro de los límites del decoro femenino, y ha puesto en boca de Hipsípíle, en su discurso a Jasón (v. 819), reproches por la conducta inmoral de los maridos lemnios. ¿Quién querría asombrarse de las muchas configuraciones divergentes que el hecho lemnio asumió en boca de los trágicos: en la *Hipsípíle* de Esquilo, en la de Eurípides, en las *Lemnias* de Sófocles? (Escolio a Apolonio 1, 769.) De motivos genuinamente dramáticos no era menos rico el horror lemnio que el hecho de las Danaides. En el alma de Hipsípíle combatían entre sí el deber de sacrificarlo todo al dominio de su estirpe y el amor natural a su padre: una lucha que bajo la mano de Esquilo tenía que configurarse hasta verdaderos abismos de contrastes estremecedores. Frente a tratamientos semejantes, la concepción de Aristófanes habrá sonado como un desenvuelto drama satírico en el cortejo de la tragedia seria. Pues también Aristófanes trató el asunto, sin duda, con una desenfado del que las *Tesmoforias* o las *Asambleístas* dan una idea acaso demasiado débil. En el ayuntamiento que los lemnios tienen con las amantes tracias, así como en el de las mujeres lemnias con los argonautas que desembarcan, había motivo sobrado para satisfacer al público más mimado. Los pocos fragmentos conservados de la comedia aristofánica *Las lemnias* los reunió Meinecke, *Fragm. poetarum comoediae antiquae*, vol. 2, parte 2, p. 1096-1103. De Alexis se cita en Pólux 9, 44 una *Ginecocracia*, y de ella se transmite un fragmento referido a la visita de las mujeres al teatro. Vemos en eso qué lados de las viejas costumbres femeninas se destacaban en especial en estas representaciones tardías, y cómo la misma costumbre, en tiempos distintos y en unión con grados distintos de cultura, aparece ora digna de elogio, ora como corrupción.

§ 45

Hipsípile: el paso del derecho materno al paterno

En el hecho sangriento de las mujeres lemnias nos sale al encuentro la ginecocracia en su expresión más alta y más poderosa. La consumación del homicidio de los varones muestra el poder de la mujer en su punto culminante. Vengada está la lesión del vínculo conyugal, degollada la rival, exterminada su estirpe. En el brillo del más alto heroísmo aparecen las lemnias, augustas figuras amazónicas que se han despojado por entero de la debilidad de su sexo. **Pero este triunfo supremo es la suprema degeneración. Tal grandeza heroica no es de la mujer.** El mito ha señalado cómo justamente de la más alta realización de la ginecocracia se desarrolla su ruina. En medio de las mujeres que chorrean sangre aparece, inocente y siguiendo el amor filial, la reina, cuya aparición pone junto a la imagen de la grandeza heroica amazónica la otra imagen, la del amor y la blandura femeniles. Hipsípile, que como Hipermnestra y Clitemnestra anuncia ya por su nombre la alteza de su poder, no logra subordinar a los intereses del dominio la voz de la inclinación natural. Perdona a su padre Toante. Comprenderemos mejor la significación de este rasgo si lo unimos al otro, según el cual Jasón engendra con esa misma Hipsípile dos hijos, uno de los cuales, Euneo, se llama en Homero (*Il.* 7, 468) «jasónida». **En Hipsípile se anuda el paso del derecho materno al derecho paterno.** El amazonismo se prepara su propia ruina por su propia exageración. En Hipsípile se unen las dos cosas: pertenece al derecho de las mujeres como amazona, y sin embargo se vuelve madre de una estirpe que remonta su origen al padre, y a ese principio rinde homenaje ella misma, al ser la única de todas las mujeres que mantiene las manos limpias del parricidio.

En Apolonio promete la reina al héroe que parte que, si alguna vez vuelve, le dará el cetro de su padre, no el propio. Ese cetro lo llevó más tarde el jasónida Euneo, como aprendemos de Estrabón 1, 45. **Cobra así pleno sentido la observación de Higino, que pertenece decididamente a la tradición antigua: las lemnias habrían nombrado a todos los vástagos que concibieron de los argonautas con los nombres de sus padres.** *Lemniades autem, quaecunque ex Argonautis conceperunt, eorum nomina filiis suis imposuerunt.* Su peso tiene esta observación en el contraste en que semejante denominación se halla respecto de la idea fundamental del Estado de las amazonas. De las amazonas se dice que [†] hacían su genealogía. Sólo madre tiene la amazona; el padre carece de significación. Sólo como fecundador está con la madre en unión pasajera. Cumplido el ayuntamiento, abandona la playa hospitalaria y se hunde en el olvido. Si ahora las lemnias dan a sus hijos el nombre del padre, y también los vástagos de Hipsípila aparecen como jasónidas, en eso se muestra vencido el amazonismo y todo derecho materno en general, y restablecido el principio de la paternidad.

La misma transformación sale a la luz en los destinos posteriores de Hipsípila. En Nemea le es confiado al cuidado de ella el hijo del rey, Ofeltes-Arquémore. Como el oráculo prohibiera depositar al niño en la tierra, lo guardó entre la lozanía de una hiedra, donde lo mató el dragón de la fuente. Al niño le celebraron entonces Adrasto y sus seis compañeros los primeros Juegos Nemeos. A la corona de hiedra que adorna al vencedor se anuda el recuerdo de Arquémoro y de la reina amazónica lemnia Hipsípila (Apolodoro 3, 6, 4; Higino, f. 15 y 74). En este relato aparece la hija de Toante con carácter cereal-materno. **La Hipsípila lemnia y la Hipsípila nemea forman un contraste decidido.** Ha desaparecido el ánimo

soberbio de la mujer que manda. La reina aparece en Nemea como sierva que sirve. Su vida no está consagrada al ejercicio guerrero, sino al cuidado solícito de los niños. El carácter amazónico ha tenido que ceder a uno del todo nuevo. Hipsípila ha sido devuelta a su destino de madre. Así como de Jasón pare la pareja de hijos, así aparece en su relación con Arquémoro-Ofeltes como la madre natural que se goza en la fecundación, cuyos partos están sujetos a la ley del eterno devenir y del igualmente eterno perecer. Euneo y Nebrófono muestran en sus nombres la significación de su dualidad, y en Arquémoro-Ofeltes se repite la misma doble relación. Están uno al lado del otro de manera indisoluble, como en toda creación terrestre se compenetran vida y muerte, devenir y perecer, y marchan uno al lado del otro a igual paso. **Así la amazona enemiga de los varones y del matrimonio se ha vuelto la gran madre de la creación telúrica**, y este nuevo carácter resulta especialmente significativo justamente por el contraste con su amazonismo anterior. La vida dionisiaca ha ocupado el lugar de la amazónica. **El derecho paterno dionisiaco ha desplazado a la maternidad telúrica.**

Con bastante claridad está este paso en el contraste de la hiedra con la tierra. Sobre el suelo terrestre no debe ser depositado Ofeltes: Hipsípila lo confía al *apium*, que prospera lozano junto al agua de la fuente, y cuyo nombre mismo designa la fuerza acuática (*apa*), llevando por tanto en sí el fundamento de la naturaleza de Dioniso, a quien los antiguos llaman [†]. En la corona de hiedra sale a la luz el predominio de la naturaleza masculina que engendra sobre la femenina que recibe. En el período festivo de cinco años vuelve la significación conyugal del cinco que ya conocemos. Y a Nemea misma se anuda también, en otros mitos, el recuerdo del ocaso del derecho de las mujeres. Pues en la emboscada de

Nemea sucumben los Moliónidas a la flecha de Heracles. **Los hijos de la madre, invencibles en Élide, sucumben acá ante el gran héroe solar, el aniquilador de toda ginecocracia.** Así el mito nemeo consume el lemnio: lo que allí se prepara, acá se lleva a cabo. Vencidos quedan el telurismo y el amazonismo, y el derecho de la luz de la paternidad llega a su reconocimiento.

Del vínculo de Hipsípila con Jasón se desprende con gran verosimilitud que la introducción del derecho paterno en Lemnos se anuda a la inmigración de una hueste de minias que había sido expulsada de su patria por circunstancias semejantes. En efecto, se atestigua repetidas veces que jasónidas o minias poblaron la isla (Estrabón 1, 45; Heródoto 4, 145; Píndaro, *Pít.* 4, 415; Servio, *Égl.* 4, 34). Justamente este hecho pudo haber sido el motivo para incorporar la isla de Lemnos a las poesías argonáuticas. Muy significativo es que Heracles sea el único de todos los héroes que permanece a bordo de la Argo y censure a sus compañeros por el ayuntamiento con las Amazonas. Si esa visita pasajera está enteramente concebida en el espíritu de la vida amazónica y concuerda del todo con lo que se informa de las mujeres samnitas, de la visita de Talestris a Alejandro, de los sármatas y de las mujeres bactrias y geonias en Eusebio, *Praep. Ev.* 6, 10, Heracles, en cambio, no aparece menos en aquel carácter que el mito le confiere sin excepción. **Él es el adversario irreconciliable del gobierno de las mujeres, el combatiente infatigable del amazonismo;** de ahí [+]: en su sacrificio ninguna mujer tiene parte, por su nombre ninguna jura, y al fin halla la muerte por la túnica de la mujer empapada en veneno. Ese carácter lo conserva también entre los argonautas. En la compañía de los minias, que fundan el derecho de los varones, tiene su sitio adecuado; pero la isla sin varones, gobernada por mujeres, no puede pisarla el vencedor de